

Milagro mexicano

Araceli Damián*

Existe un sentimiento de pesimismo, me atrevería a decir casi generalizado, entre la comunidad académica que utiliza la información estadística generada por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). La mayoría de mis colegas con los que he platicado sobre el tema, coinciden en señalar la dificultad creciente que enfrentamos ante la poca confiabilidad de los datos de ingreso y empleo.

En el sexenio pasado suponíamos que ello podía responder, en parte, por la necesidad de mostrar estadísticamente que se cumplían con los compromisos contraídos por el casi histriónico, por no decir patético, Vicente Fox, con los organismos internacionales en materia de reducción de la pobreza, sobre todo la extrema, o equivocadamente llamada pobreza alimentaria. De esta forma los encargados de producir la información en el INEGI probablemente se vieron presionados a, de alguna manera, hacer que la información captada le permitiera al ejecutivo asegurar que se cumplieron, casi en su totalidad, las Metas del Milenio.

Analizando los datos para el sexenio anterior (2000-2006), han surgido otras posibles explicaciones de los cambios tan bruscos en los indicadores de ingreso y habitabilidad en la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGHs). En el sexenio pasado, los encuestadores perdieron su estabilidad laboral, en lugar de tener un empleo de tiempo completo, empezaron a ser contratados temporalmente, de acuerdo a los calendarios de levantamiento de encuestas. Esto seguramente demeritó la calidad de las encuestas, ya que seguramente se aumentó la rotación del personal, el cual requiere de capacitación especial para levantar encuestas.

En las localidades de hasta 2,500 habitantes se observa un drástico cambio de perfil de los encuestados. Es probable que ante el aumento en el tamaño de la muestra (al doble) se haya decidido ampliar el universo de los encuestados de localidades pequeñas, hacia a aquellas poco alejadas de los centros urbanos, reduciendo así los costos asociados a la gran dispersión de esas comunidades.

Según los datos publicados por el CONEVAL (Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social), entre 2000 y 2006 la pobreza alimentaria bajó alrededor del 40% tanto a nivel nacional, como rural y urbano (42.7, 42.2 y 40%, respectivamente), por tanto, este tipo de pobreza pasó de 24.1 a 13.8%; de 42.4 a 24.5% y de 12.5 a 7.5%, a nivel nacional, rural y urbano, respectivamente. La baja más importante en el medio rural se dio entre 2000-2004 (al tiempo que la pobreza urbana se mantenía casi estancada), mientras que en el urbano, la baja ocurrió entre 2004-2006 (al tiempo que la rural se mantuvo estancada).

La increíble baja en la pobreza alimentaria se dio a pesar del bajo desempeño del PIB per cápita, que creció a una tasa anual de 1.2%. En contraste, de acuerdo con la ENIGH el ingreso por persona del 30% de la población rural más pobre (en adelante población más pobre), que vive en localidades de hasta 15 mil habitantes creció, según la encuesta, en la friolera de casi 10% anual en promedio, y aunque el ingreso de los más pobre en las localidades urbanas no creció tanto, casi triplicó el aumento del PIB.

Dado que esta increíble baja en la pobreza no puede atribuirse a un crecimiento económico, ni tampoco a la generación de empleos, el discurso oficial, apoyado por los sesgados análisis de los organismos internacionales (que fueron los que recomendaron el esquema de la actual política de “lucha” contra la pobreza) atribuye parte de la explicación de la baja a la efectividad del programa Oportunidades.

No obstante, la información que se deriva de la ENIGH describe un país con un importante auge económico. Sucede que una buena parte del aumento en el ingreso total de los hogares más pobres se explica por el incremento en salarios. En el medio urbano, el incremento en este rubro de ingreso explica casi el 60% del aumento en el ingreso total de los más pobres, mientras que en el medio rural explica casi el 40 por ciento.

Los otros rubros que explican un porcentaje alto del aumento en el ingreso por persona de los más pobres son los de regalos (tanto en especie como en dinero), y de renta imputada de la vivienda. Los regalos netos (es decir, la cantidad que resulta de restar de los recibidos, los que se dieron a otros hogares), explican casi

el 20 y 30% del incremento en el ingreso de los más pobres en el ámbito urbano y rural, respectivamente.

La renta imputada de la vivienda corresponde a un ingreso virtual, que se considera parte del ingreso total de los hogares cuya vivienda es propia, preguntándoles cuánto pagarían por ésta si tuvieran que rentarla. Al calcular la pobreza, el CONEVAL considera este ingreso virtual como parte del que se compara con la línea de pobreza alimentaria (calculada para comprar exclusivamente alimentos), suponiendo que los hogares pueden comprar alimentos con los ladrillos de su vivienda.

Para los más pobres del medio rural este ingreso virtual contribuyó al aumento del ingreso total, casi en el mismo porcentaje que las becas recibidas, incluyendo al Oportunidades (alrededor del 11%, en promedio), mientras que en el medio urbano su contribución fue mayor (9% frente a 7.7%).

Si en foixilandia la pobreza alimentaria se redujo en más del 40%, el compromiso recientemente adquirido por el nuevo Secretario de Desarrollo Social, de reducir este tipo de pobreza en 30% podrá ser fácilmente cumplida, si el INEGI queda supeditado al ejecutivo federal, como planea la mayoría Prianista en el Congreso.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx